

Para este libro, como epígrafe,
la voz áspera del erial,
leones rugían y Klíping miraba
a los ojos de los tigres.

Un bostezo de polvo; el negro
abismo del desespero.
Se cimbrean, charlando. Ecurridiza
su piel de frío pelo.

Y siguen cimbreándose aun en verso
que, a duras penas, les rima
se desvanecen en la verde neblina.
El Ganges se sueña con ellos.

La Aurora, como víbora viscosa,
repta en las fosas.
En la jungla un vapor ritual,
húmedos requiescats.



Tu huerto de nogales te aísla de la luz, de la cultura
y mohosas monedas de sol caen de su altura,
ora colas, sobre enorme tocón podrido, sin ramas,
ora cabezas, un águila empañada, sobre una rana.

Tus árboles atrás te dejan. Habías llegado a estar muy seguro
de ese corazón vegetal palpitando moroso con el tuyo,
cuando saltaron aquende la mojonera, en arco de follaje en arco,
hasta donde el monte ralea, un pájaro se hace barco.

Su canción al viento se espurrea y boga a través de lo azul,
y pasa... La floresta ulula, vuelve el ojo y vela,
a través de las copas empañadas
mira al pájaro-barco que por allí nayega.

Este es el lugar de reunión de los frutos y los truenos.
Antenas de líquen punzan las nubes. Resplenden
como brasas los helechos,
estupefaciendo la inteligencia de los jóvenes hermanos.
¡Oh, ceniza lila de los helechos paganos!

Mérida, 24 de Noviembre, 1958.



Voces y expresiones viciosas

Camarín sí, «camerino» no

HACE muchos años
asistía en el Teatro
Real de Madrid, a la
representación de *El barbero*

de *Sevilla*, de Rossini. Lo cantaban la Gali Curci, Virglione Borghese, Carpi y Mansueto. Como he sido y soy muy aficionado a la ópera, recuerdo perfectamente los nombres de quienes interpretaron la famosa obra italiana. Pero además existe otra razón para que no se me haya olvidado, al menos, uno de ellos.

Un amigo mío, que había hecho la travesía del Atlántico en el mismo barco que la Gali Curci, me dijo al concluir el segundo acto:

—Voy al *camerino* de la Gali Curci a felicitarla.

Y yo que por aquellas calendas ¡y ya ha llovido! sentía la misma afición que ahora por las cosas del lenguaje, me permití reprochar a mi acompañante el uso indebido de la palabra subrayada:

—Yo no habría dicho *camerino*, sino camarín.

El terminejo italiano andaba y sigue andando en labios de la gente, y no faltan críticos de teatro, periodistas, reporteros y locutores que incurran en tal torpeza.

Mariano de Cavia la ha llamado «quiste engorroso y pernicioso que la rutina y la falsa elegancia (vulgo cursilería) han añadido a los demás tumores y malos humores que traen hecho un asco el cuerpo del idioma» (1).

¿Para qué recurrir a una voz forastera cuando el propio lenguaje

(1) *Limpia y fija...* (Madrid, 1922) pág. 50.

no carece de equivalente? ¿No es recibir préstamos innecesarios y demostrar ignorancia respecto de nuestros modos expresivos?

Camerino es un italianismo a todas luces recusable. Camarín, por el contrario, diminutivo de cámara, del latín *camara* y ésta del griego *kamara*, es la voz con que correctamente podemos referirnos al cuarto que ocupan los artistas de la escena, canten o reciten. Y no se nos ven ga con razones de tan poco peso como suponer que está bien empleado el vocablo objeto de nuestra repulsa cuando, como en la ocasión antedicha, se trataba de una cantante italiana, porque de ser así y habiéndolos franceses, alemanes, rusos, etc., cada vez que nos dirigiéramos al camarín de uno de éstos, tendríamos que valernos de la palabra con que en Francia, Alemania, Rusia, etc., se designase en el teatro el cuarto o pequeña habitación de un artista.

Se habla y escribe mal por ignorancia; y los libros pésimamente traducidos, la prensa algo volandera y desenfadada, y la radio, no siempre en buenas manos, contribuyen a que se propaguen y generalicen los incorrectos modos de decir.

A veces, como veremos más adelante, son los propios traductores los que dan ejemplo de pureza, al rechazar la voz objeto de este divertimento lingüístico, y adoptar en sus versiones, la que procede. Para tales beneméritos del idioma, nuestro aplauso más caluroso y entusiasta.

Y como conviene corroborar con el ejemplo la doctrina que antecede, allá van, a manta de Dios, los siguientes paradigmas:

«Y todo debe pasar
En un sitio, *en un lugar*
Sin que se mude la escena
Ni aun cuando la orquesta suena
Pues si no, cualquier diría:
«Sin moverme yo a fe mía
Quién diablo me ha trasladado?
De la plaza al camarín?»

Miguel Agustín Príncipe: *El rigorismo clásico*, Letrilla satírica. *El Entreacto*, 11 Agosto 1839.

«Estas últimas (el autor se refiere a las actrices de ínfima categoría que en aquel tiempo se llamaban *racionistas*) cuyo sueldo no pasaba

de diez o doce reales... recibían en sus camarines a mozalbetes o a viejos verdes»... Julio Nombela: *Impresiones y recuerdos*, t.º I, pág. 247.

«*Camerino*,... que solamente debe imprimirse entre comillas o en letra bastardilla, para significar el camarín (que así se llama en español) donde se visten los artistas teatrales italianos antes de salir a escena». Mariano de Cavia: *Limpia y fija*... pág. 50.

«*Camerino*, seguirán llamando al camarín los que no dan a torcer el brazo que tan malamente emplean en las faenas periodísticas». *Ibidem*, pág. 51.

«Fuera, en el corredor de los camarines de los artistas, Witte iba y venía como un centinela»... Víctor Scholz, trad. de *Grand Hotel*, de Vicki Baum: (Barcelona, 1952), pág. 34.

«De pronto se puso a odiar rabiosamente el sombrero viejo y raído que Susita, en el fondo del camarín, se estaba poniendo sobre sus grises cabellos». *Ibidem*, pág. 35.

«¡Qué mujer!... ¡Y qué camarín! Lleno de flores y de bronce de firma», trad. de *Sol de medianoche*, de Pierre Benoit (Madrid, 1952) pág. 46.

«¿Quiere tener la bondad de decirme los camarines de los actores?» Guido Parnagnoli, trad. de *Lo mismo de siempre*, de W. Somerset Maugham (Barcelona, 1948), pág. 157.

No es sólo ésta la significación que tiene la palabra estudiada. También se determina con ella la pieza del Altar en que aparece colocada la Virgen o Santo titular de una iglesia y en que se guardan sus alhajas y vestidos, y el tocador o aposento de aseo.

«Y al visitar el camarín y besar la imagen»... Juan Antonio Espinosa; *El Capitán Amorrortu* (Barcelona, 1952), pág. 164.

«Por fortuna para el enamorado Illán, la triste aspillera de su calabozo, caía en línea recta bajo la dorada celosía del camarín de su Isabel» Emilio Castelar. *El suspiro del moro*, pág. 252.

«...y subir hasta el camarín de la cautiva»... *Ibidem*, pág. 254.

«—Quedamos convencidos ella y yo en que mandaría desde su camarín, donde se halla reclusa... Ib. pág. 272.

«...y erguida ya, se dirige hacia los camarines de las señoras» Víctor Scholz, trad. de *Grand Hotel* de Vicki Baum. Pág. 118.

No sería raro encontrar, tras cuidadosa búsqueda, el hecho verdaderamente inusitado, de que un autor hubiese metido en un *camerino* a un santo.

Ignorancia irreverente
que condenaría la gente,
pues en tales habitáculos...
prosигuen los espectáculos.
Y quien no me entienda ¡tate!
es que es tonto de remate.

UN APRENDIZ DE HABLISTA



PENSAMIENTOS

Saber envejecer es la obra maestra de la sabiduría y una de las partes más difíciles del gran arte de vivir.

AMIEL

Filosofar no es sino aprestarse a morir.

MONTAIGNE

Todo se acierta por sí solo al cabo de unos siglos, como las corrientes de agua acaban por nivelar las montañas.

ANDRE MAUROIS

Ni el hombre tiene puerto, ni el tiempo tiene playa: deslízase y pasamos.

LA MARTINE

Hay que ser osado con las mujeres. De cada diez veces una se logra triunfar.

STENDHAL

CIEGA

Por FERNANDO BRAVO

I

Al nacer la niña
la luz fué hecha discos
que se diluían
en inmensos círculos.

II

-Tus ojos sin brillo:
perfumes
de azules
afanes sin tino;
abortos de aurora
llorando
opacos
la vida en sombra;
incendios oscuros
de goces
en noches
de anhelos sin rumbo;
timones borrados
en medio
del miedo
de abiertos párpados;
crisoles que intentan
con fuego
de besos
fundir las tinieblas,
y latos nocturnos
tremando
postrados
en jardín de luto.

III

Al morir la niña,
la luz fué una yerta
espinas de ensueños
en pupilas secas.